

Julio Camba

EL NUEVO RICO DE LA LITERATURA

(*El Sol*, 21-6-1922)

«La pluma Wasserman —decía el Sr. Blasco Ibáñez, en un anuncio que popularizó hace años la empresa constructora— es la mejor pluma del mundo.» Provisto de esta pluma, el Sr. Blasco Ibáñez monta en su automóvil, un automóvil de cuarenta caballos, que unidos a los cuatro del Apocalipsis —*Los cuatro caballos del Apocalipsis* se titula, en inglés, la más famosa novela del Sr. Blasco Ibáñez—, le hacen, exactamente, cuarenta y cuatro. Este automóvil, según declaraciones de su propietario, es de la misma categoría que la pluma: el mejor automóvil del mundo. Tiene una mesa plegable, y cuando el Sr. Blasco Ibáñez, rodando por esas carreteras, llega a algún lugar verdaderamente extraordinario, hace alto y lo describe en un santiamén. ¿Cabe imaginarse un espectáculo más conmovedor? ¡Ahí es nada! El novelista mejor del mundo, que, ante el paisaje mejor del mundo, detiene el automóvil mejor del mundo y se pone a escribir con la mejor pluma del mundo... Se necesitará, realmente, tener una desgracia espantosa para que, del concurso providencial de todas estas circunstancias, no resulten luego más que unas cuantas páginas iguales, poco más o menos, a las del Sr. Mata, a las del Sr. Lugín o a las de cualquier otro de nuestros novelistas en boga.

El Sr. Blasco Ibáñez, sin embargo, gana muchísimo dinero. Es el novelista que gana más dinero en el mundo, y de vez en cuando siente la necesidad de venir a España para decírnoslo.

—Ya paso del millón de dólares —ha declarado ahora, al pisar el suelo nacional—. Llevo una vida de príncipe. Mis jardines de la Costa Azul son maravillosos...

Y el hombre que hace estas manifestaciones se sorprende de que sus congéneres se irriten. ¿Para qué las hace, entonces? «España —ha dicho el Sr. Blasco Ibáñez— es para mí una habitación llena de clavos, de pinchos, de cristales quebrados.» Exacto. Es una habitación llena de cristales quebrados que no paga nadie. Aquí no hay dinero ninguno. La profesión de escritor constituye entre nosotros algo así como una suerte de *match* al que se lanzan algunos hombres absurdos para ver quién consigue ganar menos dinero. Últimamente el máximo de gloria le cupo a D. Benito Pérez Galdós, quien, a fuerza de trabajo, consiguió morir casi en la miseria. Y siendo esto así, ¿cómo no ha de indignarnos el que uno de los nuestros llegue a reunir millones? Enriquecerse con la

literatura nos parece lo mismo que enriquecerse con la filantropía. No nos explicamos que nadie logre conseguirlo, e instintivamente miramos al nuevo rico como a una especie de traidor.